

La otra perspectiva

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 147 – 1 de octubre 2020



Cuadro de Bill Moore ssc, de la exposición "Mi último arte late"

Queridos hermanos:

Muchas veces en las relaciones humanas y comunitarias nuestra mirada, nuestra sensibilidad e inteligencia pueden centrarse más sobre uno mismo que sobre los demás. Hacer un esfuerzo por descentrarnos lo más posible e intentar ponernos en la perspectiva del otro, puede ayudarnos a vivir la relación de otra manera. Tratar de comprender incluso lo que nos irrita, pero no desde nuestra molestia, sino desde lo que el otro, nuestro hermano, nuestra hermana, siente, ve, piensa. Y este cambio de mirada, de perspectiva es ya un cambio de la realidad. Podemos entonces aproximarnos a nuestro hermano y hermana, desde otra actitud, con otra sensibilidad. Dimensiones que necesitamos luego ajustarlas en el encuentro y diálogo con nuestros hermanos.

Una nueva inteligencia de pasajes bíblicos se produce también cuando entramos en relación con el texto y nos situamos, no tanto desde fuera o desde lo nuestro, sino desde dentro del texto y asumimos la perspectiva de uno de los personajes. Textos muy conocidos y de los que hemos predicado mucho, se nos abren a una nueva inteligencia. Propongo dos parábolas: la del Buen Samaritano (Lc 10,29-37) y la de los Obreros de la Viña (Mt 20, 1-16) en las que les invito a situarse, en la primera en la perspectiva del hombre medio muerto al borde del camino y, en la segunda, en la perspectiva de los obreros contratados en la hora undécima.

Una escuela de misericordia

En la parábola del Buen Samaritano, solemos situarnos en la perspectiva del hombre compasivo, activo y generoso. De hecho, es la perspectiva del maestro de la ley y a la que invita a situarse el mismo Jesús, al insistir en la importancia del hacerse prójimo. Pero la misericordia en acto que se encuentra al centro de esta parábola, cobra otra dimensión si nos situamos en la perspectiva del hombre que está botado en el camino. Víctima de una agresión y de un asalto, que le hace perder no solo los bienes sino hasta la capacidad de pedir ayuda. Se encuentra completamente dependiente de que alguien lo mire, se dé cuenta del estado en que se encuentra y haga algo por él. Aquí la misericordia no es una actitud facultativa que alguien puede mostrar hacia él -como lo creen el levita y el sacerdote- sino que es una cuestión de vida o muerte. A la forma activa de ser misericordioso que es la practicada por el Samaritano, se añade otra forma de aprender la misericordia, cuando se ha sido objeto de la misericordia inesperada y necesaria de parte de otros. Imaginemos entonces la sorpresa del hombre al despertar en la hospedería, sanado en sus heridas, protegido bajo un techo, con posibilidad de rehacer las fuerzas. Y a las preguntas sobre quién y por qué habrá hecho esto por mí, se instala tal vez una actitud más fundamental de gratitud a quien hizo esto por él y a Dios porque no lo abandonó. Desde la perspectiva del hombre ahora recogido del camino y en vías de sanación, la misericordia adquiere otras dimensiones, de gratuidad, de gratitud, de una justicia en medio de la violencia, de abandono en las manos de otros que me cuidan y de Dios.

La escuela de justicia

En la parábola de los viñadores que son contratados a diversas horas del día, a menudo nuestra inteligencia de este pasaje se nos hace difícil. Un cierto sentido de justicia, nos hace sintonizar con la legítima murmuración de los obreros de la primera hora contra el patrón. Estos han soportado el trabajo y el calor del día y reciben el mismo salario que los que han trabajado solo un par de horas. ¡No es justo! Sin embargo, si nos situamos desde la perspectiva de los que son llamados a la hora undécima, el texto se nos abre a una inteligencia nueva. Estos obreros han estado todo el día desocupados, sin que nadie haya venido a ofrecerles un trabajo. El día se acaba y no tienen nada que aportar a sus casas, ni siquiera el mínimo para poder subsistir ellos y los suyos. A la angustia de la desocupación se añade el sentimiento de no contar para nadie, pues nadie los ve, luego la pobreza de no contar ni siquiera con lo básico para vivir. Ya al terminar el día, se habrán dicho que, otro día más sin trabajo, y a estas alturas del día nadie vendrá a llamarnos. Y si alguien lo hiciera, sería por un salario muy reducido. Los obreros de las primeras horas al verlos se habrán dicho: "Y estos, ¿qué vienen a hacer?". La sorpresa es mayor cuando vemos que estos obreros de la hora undécima reciben el mismo salario que los que han trabajado todo el día. El patrón ha cumplido con el contrato convenido con los obreros de las primeras horas. Ha sido justo. Solo que, con estos últimos obreros, ha mostrado

una generosidad que nos incomoda. Primero porque los viene a buscar y se da cuenta de que han pasado horas desocupados, luego los llama a trabajar, no se los regala y luego les provee de lo necesario para vivir ese día. Para ese patrón todas las horas cuentan, no solo las horas trabajadas, sino también las horas de la angustia por el desempleo, las horas de la insignificancia, pues nadie se da cuenta que están ahí, las horas de la precariedad donde ni siquiera se espera un milagro. Y el milagro ocurre cuando el patrón viene a buscarlos y comparte de lo suyo con ellos. El sentido de justicia de los obreros de la primera hora y el nuestro puede enriquecerse cuando intenta ponerse en la perspectiva de los obreros de la última hora y desde la perspectiva de la generosidad del patrón. Tal vez los obreros de la primera hora, una próxima vez, esperarán ser llamados más tarde por este patrón generoso o simplemente lo rechazarán pues a sus ojos es injusto. En cambio, los obreros de la hora undécima no se olvidarán de él, de su generosidad para con ellos.

Donde Cristo nos espera

Este cambio de perspectiva en la inteligencia de las parábolas, al ponernos en la óptica del hombre que ha sido objeto de misericordia y los obreros que han sido favorecidos por la generosidad del patrón, nos puede ayudar a ver con nuevos ojos, a los que hoy, a causa de la pandemia, han perdido el trabajo, se encuentran hacinados en sus casas, no tienen lo necesario para comer, a los que están en nuestras calles pidiendo limosna, comida, una mirada y que no “vemos”. Desde nuestra perspectiva, podemos pasar sin verlos ni detenernos y nuestra vida puede seguir igual, sin cambios. Desde su perspectiva, el que los veamos, nos desviemos del camino, seamos generosos con lo que somos y tenemos, es una cuestión vital.

Simone Weil, filósofa francesa (1909-1943) escribía en *Dios y la desventura* (1942) sobre el amor, que no es un estado del alma sino “una orientación”, una forma de atención a las contradicciones de nuestro mundo, a los que se encuentran en la desventura y a la visita de Dios. Si permanecemos sordos o desatentos, Dios nos viene a visitar como un mendigo y también como un mendigo un día no vuelve más. Si estamos atentos a su visita y consentimos aceptarla, entonces Él planta una semilla en nosotros que crece, no sin dolor, en medio de nuestras tensiones y de las fuerzas destructoras que nos habitan. Sin embargo, esta semilla que crece, va haciendo que dejemos de ser nosotros el centro de nuestra existencia y demos cada vez más espacio a Dios que ame a través de nosotros. ¿Y si Dios nos está visitando en el mendigo, en el migrante, en el desocupado, en el que golpea nuestras casas y parroquias por comida, para que le amemos con el amor que él mismo ha sembrado en nosotros?

Etty Hillesum, joven intelectual neerlandesa (1914- 1943) que pasó sus dos últimos años en el campo de concentración de Westerbork en Holanda, desde donde sería conducida a Auschwitz donde fue exterminada. Durante su tiempo de prisión, Dios vino a visitarla en su vida, como una presencia discreta, débil, pero inexpugnable. Esa presencia oculta

de Dios en ella y en cada persona, hacía surgir lo mejor de ellas mismas, era una fuente de fortaleza en medio de la adversidad. A medida que deja más espacio a esta presencia en su vida, entonces Etty se compromete a ayudar a Dios, primero haciendo que no se extinga en el corazón de cada persona. Y luego, poniéndose en la perspectiva de los que sufren, de los que ya no esperan ni de los demás ni de Dios que les asistan, pues bien, para ellos, Etty se hace cercanía, entrega, bálsamo para las heridas, abrazo compartido.

Escribe en su *Diario*, en una de sus últimas notas (13 de diciembre de 1942):

“Cuando sufro por los hombres indefensos ¿no estoy sufriendo por el lado indefenso de mí misma? He despedazado mi cuerpo como si fuese pan y lo he distribuido a los hombres. ¿Por qué no? Estaban tan hambrientos y ya desde hace tanto tiempo.

Se debería ser un bálsamo para muchas heridas”.

Tanto Simone Weil como Etty Hillesum aprendieron a descubrir la visita de Dios, poniéndose desde la perspectiva de los desventurados y de los hambrientos. Cada una a su modo y en su contexto propio, no permanecieron indiferentes a los que estaban al borde del camino, sino que, poniéndose en su perspectiva, se hicieron en sus propios cuerpos, cercanía de Dios.

En una noticia que leerán en este *INFO*, nuestro hermano **Bill Moore** de la provincia de Estados Unidos, artista, presenta una retrospectiva de su obra, en la que será tal vez su última exposición: *“Mi último arte late: aún está tocando y alimentando las almas.”* Entre sus últimas obras, incursiona en pequeñas pinturas de 5 por 5 pulgadas (12,7 por 12,7 centímetros). Pequeñas obras que, por su formato, pensaba Bill mientras las hacía, espera puedan ser más fácilmente adquiridas por un vasto público, pero, sobre todo que, así como la pequeña hostia alimenta la fe de los creyentes, estos pequeños cuadros, “puedan alimentar espiritual y emocionalmente y que provoque algo dentro de cada uno”. Ese cambio ¿no sería ponerse en la perspectiva de los hambrientos y de los que mendigan trabajo, sentido, esperanza, afecto... que Dios los visite a través de nosotros?

Alberto Toutin ssc
Superior General